

17. EL TRATO DE DIOS CON LOS MALVADOS

"El que cree en el Hijo tiene vida eterna". - Juan 3:36

"El alma que pecare, esa morirá". - Exe. 18:20

"No habrá más muerte". - Apocalipsis 21:4

Habiendo considerado el amor de Dios como se revela en su obra, como es revelado en su ley, y como se revela en la expiación por la que los hombres son rescatados de los resultados definitivos de la violación de esa ley, consideraremos ahora ese amor tal como es revelado en el trato de Dios con los que persisten en el pecado.

Hemos visto que toda la miseria es el resultado del pecado, y el pecado es la violación de la ley de Dios. La ley de Dios, por lo tanto, es simplemente el camino de la felicidad y la alegría. Es el camino que recorren los redimidos cuando regresan y llegan a Sión, con cantos y la alegría eterna sobre

sus cabezas. Se puede preguntar: Si Dios es amor, ¿por qué existe el pecado? ¿Por qué se permitió su existencia? ¿Por qué se le permite continuar existiendo a través de estos largos y cansados siglos? ¿Y cuándo, y cómo, si es que lo hay, llegará a su fin y se instaurará el reino eterno y universal de la justicia y la paz?

Creemos que todas estas preguntas pueden ser contestadas de manera razonable, lógica y coherente y en armonía con el carácter de un Dios que es amor, y sólo amor. Sabemos muy bien que la teología de hoy no puede tratar satisfactoriamente con estas preguntas, pero creemos que la teología de la Biblia puede hacerlo.

Para que el hombre sea algo más que un simple robot, una máquina para manifestar la mente de Dios, para que el hombre sea una personalidad independiente, capaz de vivir, pensar y actuar por sí mismo, y así honrar a Dios, devolviéndole amor por amor y alabando su bondad; para que el hombre pueda ser todo esto, es necesario que sea libre. Pero hacer al hombre libre era correr el riesgo de que pecara. En otras palabras, para que el hombre pudiera ser justo, era necesario que fuera capaz de ser malvado. Dios no hizo al hombre malvado; tampoco lo hizo en el sentido más completo, justo. Simplemente lo hizo capaz de ambas cosas; capaz de lo uno, para que pudiera ser de lo otro. Dios no puede dar arbitrariamente el carácter bueno o malo; si pudiera, sería culpable de no dar a todos los hombres la justicia, y la consiguiente alegría.

Hay una diferencia entre la inocencia y el carácter, ya sea bueno o malo. La inocencia es, en cierto sentido, la ausencia de carácter. Si tengo un libro en blanco con todas las páginas blancas y limpias, a menos que el lenguaje se refiera exclusivamente a la ejecución mecánica del libro, no se puede decir que sea bueno o malo; es inocente. A medida que escribo en él día a día,

asume carácter, y se vuelve bueno o malo, según escriba en él cosas buenas o malas.

Así pues, Dios hizo al hombre inocente, puro y libre para elegir, y lo puso en condiciones favorables para alcanzar un carácter justo. Él hizo así a todos los seres inteligentes y moralmente responsables de su universo. Algunos de ellos eligieron el mal en lugar del bien, y esto explica la existencia del pecado y la miseria. Dios no hizo el pecado ni la miseria. No era una necesidad absoluta de que existieran el pecado y la miseria; pero sí lo era que el hombre fuera capaz de ellos, pues de lo contrario no podría ser capaz de la justicia y la alegría.

Nadie puede negar que Dios corrió el riesgo del pecado, porque eso sería negar la existencia del pecado. Por eso corrió ese riesgo, porque ese riesgo era necesario para la posibilidad de la justicia y la alegría. Pero el pecado eterno sería una eterna frustración de los planes de Dios para un universo en el que todas las criaturas se regocijen en su amor y le devuelvan la alabanza y la acción de gracias. Por eso, aunque Dios corrió el riesgo del pecado, no corrió el riesgo del pecado eterno.

Para evitar el pecado eterno, el hombre recibió una existencia condicional y acceso al árbol de la vida para perpetuar esa existencia; pero cuando pecó, para que no extendiera su mano y tomara y comiera del árbol de la vida, y viviera para siempre, un pecador inmortal, el Señor lo expulsó del jardín y puso a un ángel a guardar el camino al árbol de la vida.

Mira el mundo tal como es, lleno de dolor y sufrimiento. Cada ciudad y pueblo tiene su campamento de "tiendas bajas y verdes" donde está la mayoría silenciosa. Cada montículo guarda el tesoro de algún corazón. Cada hogar tiene su silla vacía, Cada corazón tiene su cámara embrujada, donde cae la luz de la luna silenciosa sobre el recuerdo pesaroso. Cada alma conoce su

propia amargura, y en vano imagina que otros caminan a la luz del sol, mientras que su camino sólo se encuentra en las sombras.

Si se levantara el telón, y todos viéramos a los hombres de corazón a corazón, como ahora de frente ¡cuánta miseria desconocida se revelaría! ¡Cuántos buscarían rostros sonrientes, multiplicando las sonrisas, para ocultar el corazón que está sangrando! Si toda la miseria y el sufrimiento de una sola ciudad fueran expuestos ante nuestros ojos, nos quedaríamos atónitos de horror; y sin embargo, el mundo está hecho de muchas ciudades así. Pregúntate si Dios sería bueno, si sería amor, para dar a todo esto un sello de inmortalidad? La respuesta es: ¡No! Rotundamente no. ¿Podría ser bueno o sabio para arriesgarse a una existencia eterna de sufrimiento? Pero Dios es bueno, es amor. Por lo tanto, no corrió tales riesgos, sino que condicionó la inmortalidad a la obediencia a su ley divina para que el pecado y la miseria, si se producen, sean hijos de unos breves años, mientras que la justicia y la alegría son eternas.

El pecado es la causa de toda miseria. El pecado eterno sería la miseria eterna. El pecado eterno sería una miseria eterna y sin esperanza. La existencia eterna del pecador sería su eterno sufrimiento consciente. El único escape de esto es en la suposición del universalismo, pero esto no es sólo una suposición, sino que está en directa contradicción no solo con la Biblia, sino también con todo lo que sabemos de la naturaleza del pecado.

Sabemos que la naturaleza del pecado es endurecer el corazón contra las buenas influencias. Cuanto más se persiste en él, más seguro es que continúe. No se necesita ninguna palabra inspirada para revelar a la mente filosófica el hecho de que a todo pecador persistente llega el fin de la libertad condicional, un tiempo en el que el pecado ha endurecido tanto su corazón contra las influencias del bien, y fortalecido las influencias del mal en su naturaleza, que es una certeza absoluta que nunca se convertirá del pecado a la jus-

ticia. La eterna existencia consciente de tal persona sería una miseria eterna, consciente y sin esperanza, descendiendo constantemente en las profundidades de la oscuridad y la desesperación. ¿Sería Dios bueno al permitir que existiera para siempre? Incluso en la condición de mezcla del bien y el mal aquí, ¿qué hombre reflexivo elegiría una eternidad de esto, si pudiera? Hay verdad en la vieja leyenda de la manzana de la vida, que tan bellamente Owen Meredith (Lord Lytton) convirtió en verso poético.

Al rey Salomón se le trajo una manzana del árbol de la vida que, si comía de ella, viviría para siempre. El rey filosofa sobre la vida y su fracaso en satisfacerlo, y concluye que no desea comerla; pero cree que conoce a una de sus esposas o concubinas favoritas y ligeras para quien será una gran bendición. Seguramente, para ella la vida es todo alegría, y deseará que se perpetúe. Él se la da; pero ella también filosofa, dando sus razones para no querer comerla. Ella se lo lleva a otro; así pasa por todos los rangos de la sociedad, desde el más alto hasta el más bajo, y finalmente vuelve al rey, y se conserva en una urna de plata, porque nadie quiere comerla.

Incluso aquí, es tan grande la miseria que el pecado ha causado, que toda mente reflexiva dudaría en decidir que una eternidad de este tipo de existencia sea una bendición en lugar de una maldición. Pero aquí queda la esperanza de algo mejor por venir. Si todas las demás esperanzas han desaparecido, para el alma más desesperada, que no conoce el consuelo del amor de Dios, le queda la esperanza de la muerte, el pensamiento de que la "fiebre irregular" terminará pronto, no tardará.

Quitad incluso esta esperanza, y dejad al alma absoluta y desesperadamente en la desesperación inmortal, por no hablar de un fuego literal, ¿podría un Dios que es amor dar tal existencia a una sola criatura que Él mismo ha hecho? La respuesta debe ser, No.

Supongamos que él pusiera al pecador en el otro mundo, restaurado a su belleza edénica, o al mismo cielo. El pecado ha traído toda la miseria al mundo; y pronto haría de este otro mundo uno tan miserable como éste. Supongamos que las almas pecadoras fueran separadas, y que sólo unos pocos pecadores fueran puestos en un mundo donde todos fueran justos. Este sería el peor castigo de todos. El pecador lleva un infierno con él, en su propio corazón, y sus fuegos arderían más ardientes en el aire puro del cielo. Imagina a un hombre con un ardiente apetito por beber, caminando por las calles doradas de la Nueva Jerusalén, buscando un lugar donde saciar su sed, y no encontrándolo; o una mujer cuya principal diversión aquí había sido chismorrear sobre las faltas de sus vecinos, encontrando que allí está privada de su diversión, por falta de material para el chisme. Tales personas querrían emigrar. Supongamos que se les pone donde todos son malvados y sólo malvados; allí reinaría la miseria.

Ahora hemos visto que Dios no puede hacer arbitrariamente justa al alma pecadora, pues la justicia implica libertad de elección y acción voluntaria. Hemos visto también, que el pecador persistente no se someterá a Dios, para ser hecho justo de su propia voluntad, ya que el pecado endurece constantemente su corazón cada vez más. Hemos visto que una eternidad de este tipo de vida sería una maldición y que en un estado en el que todos, excepto él, fueran buenos, sería completamente miserable; y que si se le pusiera en un estado en el que todos fueran malos, la miseria reinaría suprema.

¿Qué es lo único que el Amor infinito y omnipotente puede hacer con alguien así y a la vez seguir siendo fiel a sí mismo? - Puede quitarle la existencia que le ha dado, porque no ha cumplido con el objetivo de esa existencia, para llenar el lugar para el que fue creado. Esto es justicia, esto es amor, y esto es lo que Dios hará, pues dice: "Pues de aquí a poco no será el malo: Y contemplarás sobre su lugar, y no será más."

Esto no sólo es lo mejor, lo más amoroso que se puede hacer al pecador mismo, sino que, cuando consideramos ese interés de los justos, su amor es más manifiesto. Desde la misma naturaleza del pecado, y del hombre como ser social, hemos visto que debemos soportar las consecuencias de las penas y pecados de los demás. Esto continuará mientras continúe el pecado. Pero Jesús sufrió, el justo por los injustos, *para llevarnos a nosotros, los injustos, a Dios*. No nos quejaremos, sino que nos alegraremos de participar en ese sufrimiento, con ese fin; pero cuando llegue el momento en que el último pecador persistente esté tan endurecido que no quiera ser tocado por este amor sufriente y llevado de nuevo a Dios, ¿por qué hemos de sufrir más tiempo? Eso sería un sufrimiento inútil y sin esperanza. Dios es amor, y no permitirá que sus hijos sufran así.

Jesús nos permite sufrir aquí con él, como él sufrió, y con el mismo propósito para que también nosotros nos perfeccionemos con el sufrimiento y llevemos a los demás a él; pero cuando hayamos sido perfeccionados, y todos los demás que puedan ser llevados a él por nuestro amor sufriente hayan llegado a él, de modo que los que queden no sean más que paja sin valor y sin esperanza, entonces "el Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que hacen iniquidad..." "Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre." "¿Qué es la paja comparada con el trigo? Dice el Señor". "Dios recogerá el trigo en su granero, pero la paja será quemada con fuego inextinguible." Dice Pablo a los fieles: "Todo es vuestro, ya sea el mundo, la vida, la muerte, lo presente o lo futuro; todo es vuestro, y vosotros sois de Cristo; y Cristo es de Dios."

Nosotros, con David, hemos tenido a veces la tentación de preocuparnos por la aparente prosperidad de los malvados aquí, pero todas las cosas son nuestras. Los malvados pueden retener nuestra herencia por un tiempo, dejándonos peregrinos y extranjeros aquí. ¿Debemos quejarnos, cuando Jesús

dijo de sí mismo: "Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo tienen nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza?" - ¡Oh, ¡no! Sino que esperemos con alegría el momento en que los reinos de este mundo se conviertan en los reinos de nuestro Señor y de su Cristo; porque cuando son suyos, son nuestros; porque él es nuestro, y nosotros somos suyos. "Y el dominio, y la grandeza del reino bajo todo el cielo, será dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es un reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán a él.

El amor ha tenido esto en cuenta desde el principio, cuando hizo el mundo para su gloria y placer y para la alegría de sus hijos. A pesar del pecado y del dolor, el Amor siempre se ha encaminado hacia su gran realización, y el reino vendrá. Jesús enseñó a sus discípulos a orar esa oración: "Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino." Esa oración ha sido expresada con devoción y seriedad por la iglesia que espera y llora a través de todos estos siglos. Ha salido de las mazmorras, de las cuevas de la montaña, y desde la pira funeraria de los mártires. Y será respondido. El amor espera con paciencia, sin querer que nadie perezca, sino que todos se arrepientan. "Vivo yo, dice el Señor Dios, que no me agrada la muerte del impío, sino que el impío se convierta de su camino y viva; convertíos, convertíos de vuestros malos caminos; porque ¿por qué vais a morir?"

Sin embargo, la paja debe ser destruida y el reino devuelto a los fieles. Esta es la razón por la que Dios destruye a los malvados. Él es amor, y es mejor para todos que los malvados sean destruidos. Entonces el reino será devuelto a los justos, y "toda criatura que está en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y las que están en el mar, y todas las que están en ellas, " se oirá diciendo: "La bendición, el honor, la gloria y el poder sean para el que está sentado en el trono, y al Cordero por los siglos de los siglos." Al fin el objetivo

del amor será cumplido y sus constantes manifestaciones traerán el reconocimiento universal, y un retorno de amor ininterrumpido e ilimitado.